



La experiencia social de la maternidad joven: una interpretación desde François Dubet

Autor

Alirio Alexander Holguín Zambrano

**Trabajo presentado como requisito para optar por el
título de Magíster en Estudios Sociales**

Directora

Nathalia Urbano Canal

Escuela de Ciencias Humanas

Maestría en Estudios Sociales

Universidad del Rosario

Bogotá - Colombia

2021

La experiencia social de la maternidad joven: una interpretación desde François Dubet

The Social Experience of Young Motherhood: An Interpretation From François Dubet

Alirio Alexander Holguín Zambrano¹

Resumen

Este artículo indaga sobre la experiencia social de la maternidad joven a partir de siete mujeres agrupadas en procesos resocializadores y de cualificación laboral en IDIPRON. Las herramientas teóricas provienen de la propuesta de François Dubet, y del diálogo con otras latitudes. La información se recogió a través de grupos focales, historias de vida y talleres. El ejercicio permitió comprender la maternidad como marco de disposiciones y arreglos que opera sobre la acción y los significados, y explorar este fenómeno en la juventud, asunto que ha sido desatendido por la bibliografía que se ocupa de las maternidades.

Palabras Clave: maternidad joven; experiencia social; sociología del individuo; lógicas de acción; François Dubet.

Introducción

Esta investigación busca reflexionar sobre la experiencia social de la maternidad en jóvenes pertenecientes al Instituto Distrital para la Protección de la Niñez y la Juventud (IDIPRON). Se centra en la experiencia social por dos razones. Primero, porque este es un concepto que recoge la acción, la interacción con instituciones y la subjetivación, de manera que da cuenta de forma compleja de lo que significa para ellas la maternidad y de las múltiples situaciones que genera. Segundo, porque, como se verá a continuación, la maternidad instaló a las jóvenes en un desencuentro con el sistema, de manera que la multiplicidad de situaciones sociales enfrentadas hizo posible que asumieran distintas lógicas de acción, contempladas a su vez por el concepto en mención. Este enfoque surge de observaciones en el trabajo de campo, que hicieron posible comprender que la maternidad implica una gran densidad de contextos que no tienen únicamente

¹ Sociólogo, Universidad Nacional de Colombia. El presente artículo es producto del trabajo de grado de Maestría en Estudios Sociales en la Universidad del Rosario, y fue posible gracias a la beca “Fondo de Formación Avanza”, otorgada por la Secretaria de Educación de Bogotá.

que ver con los significados que le dan ellas, ni tampoco únicamente con las acciones o estrategias que las lleva a desenvolver. Por el contrario, percibimos que la maternidad implicaba acciones, estrategias, instituciones, valores, prácticas y subjetividades, que se construían, replicaban, desmotaban o resignificaban, y que acarrea un trabajo analítico sobre varias esferas de la vida. Así, se insertó con vigorosa importancia la sociología del individuo, especialmente el trabajo de Françoise Dubet y su concepto *experiencia social*, para ayudar a responder a una pregunta rectora de investigación que estaba interesada en dar cuenta de la multiplicidad que acarrea la maternidad: ¿de qué manera se construye y se despliega la experiencia social de la maternidad en estas siete madres jóvenes?

En esta pregunta se encierra un problema de investigación de varias dimensiones. En primer lugar, reconoce que la maternidad es un fenómeno de profundas y múltiples implicaciones para el sujeto, y que es producida socialmente, de manera que se pregunta por la forma en que se produce y por sus elementos constitutivos. Por ello, para la exposición de este documento será imprescindible dar cuenta de los mandatos sociales de la buena madre y de los vínculos entre instituciones e individuos. A su vez, y en segundo lugar, si la maternidad es producida y en dicha producción el sujeto se encuentra inmerso en una red de tensiones con las instituciones, pero también consigo mismo y con modelos culturales que a veces se proclaman universales y transhistóricos, será necesario también que el lector conozca la forma que toma el papel del individuo en esa producción de la maternidad y que en últimas la convierte en experiencia social, examinando las contradicciones en las que esto le sitúa, sus objetivos, motivos y decisiones, así como la creación de incluso formas inéditas de experimentar el constructo de ser madre. Justamente de esto trató esta investigación, y ello compone la medula de este documento.

Dirigidos con esta pregunta, encontramos que la maternidad en el sujeto joven-mujer no ha sido abordada desde esta perspectiva según constatamos en tres grandes estados del arte sobre juventud en Bogotá y Colombia (Escobar, Et al, 2013; Serrano, Et all, 2013; Patiño, 2017). Comprobamos que la maternidad es un problema de estudio con bibliografía abultada, y el sujeto predilecto para estudiarlo ha sido la adolescente, especialmente como un problema cultural, económico y de salud pública:

La maternidad juvenil es entonces enunciada frecuentemente como un problema social que amerita ser investigado, que afecta los cursos vitales de las jóvenes, y que tiene gran impacto

en sus posibilidades futuras de mejoramiento de la calidad de vida. Se focaliza en las adolescentes, en tanto riesgo para su salud, y en las jóvenes de sector popular. Se resalta el matiz de dificultad, conflicto y tensión, más que el componente de proyección, superación y progreso que también aporta esta experiencia al sujeto (Escobar, Et al, 2013, p. 78).

Indistintamente en estos trabajos se usa *joven* o *adolescente* para referirse al mismo sujeto. No obstante, es de notar que los estudios se han centrado en el rango de los 12 a los 18 años (Martes-Camargo, 2015; del Castillo, Et all, 2008; Ospina, Et all, 2013). Si bien las mujeres de esta investigación gestaron y parieron en este rango, nos centramos en la construcción de la maternidad que contempla episodios prenatales (relación con la familia) pero nos enfocamos en aspectos asociados a la etapa de la gestación y crianza (18 a 24 años). De igual manera, en estos documentos se observa que la maternidad ha sido observada como un episodio biológico determinado en la vida de las mujeres, que trunca la educación o encamina sin cualificación al sujeto al mercado laboral y que profundiza las desigualdades, pero no se observa una construcción conceptual sobre la maternidad, de manera que esta se da por sentado. Es con el trabajo de Romero, Tapia y Meza (2020), el cual realiza un estado del arte sobre los estudios de la maternidad, que se comprende en este trabajo que esta es una construcción social, de donde deviene que los significados, roles y funciones a ella atribuidos son deconstruibles.

Acogemos las recomendaciones de estos estudios sobre la necesidad de observar el componente de proyección, superación y progreso en la maternidad. No obstante, admitimos que este es un fenómeno social que no puede entenderse sin las tensiones que provoca, de manera que el lector encontrará aquí una visión que amalgama estas dos latitudes. Así mismo, hacemos notar que la relación entre teoría y sujeto de estudio que proponemos, ha sido abordada antes (Vázquez, 2016) pero centrada, al igual que la mayoría, sobre la adolescencia. El estudio de Vázquez (2016) es de gruesa importancia para nosotros, ya que permitió asimilar la relevancia del vínculo entre las jóvenes y sus madres mediante el concepto de *soporte*². A su vez, el estudio de González (2018) hizo asimilable la forma como persigue actuar una institución escolar sobre los jóvenes, de donde extrajimos la idea de la instrumentalización que desarrollan las jóvenes sobre la institución, revirtiendo la idea de González, pero adeudandola.

² Este concepto es definido por la autora, basándose en Martuccelli (2007), como un término “clave en el marco de la sociología del individuo, [que] refiere a los sostenes externos materiales o inmateriales que les permiten a los sujetos atravesar y significar biográficamente diversas situaciones difíciles o desafíos estructurales”, y que en este documento será importante para dar sentido a la relación entre el sujeto de estudio y sus madres (Vázquez, 2016).

Teniendo estos puntos de referencia, investigamos la maternidad como una construcción social (Romero, Et all, 2020) que genera un tipo de experiencia social específica en las jóvenes. Esta propuesta, no se centra en los efectos físicos ni psicológicos de la maternidad, sino en la forma como se construye socialmente y en la manera como se despliega en la vida de las jóvenes, llevándolas a experimentar de manera determinanda los vinculos, la socialización, las acciones, la subjetividad y la individuación, es decir, constituyendose como experiencia social en sus vidas. Por lo mismo, se sostendrá entonces que la maternidad es un marco significativo y de arreglos que conduce la acción y los significados en razón de coordenadas etarias, socioeconómicas y de género.

Para llevarlo a cabo, entonces, se diseñaron diversos instrumentos metodologicos que permitieran recabar la información pertinente, y fueron ejecutados cada quince días durante el primer semestre de 2019. En primer lugar, se desarrollaron ocho talleres pegagógicos que amalgamaban la entrevista semiestructurada con actividades de aula. Estos hicieron posible realizar líneas de tiempo para entender las trayectorias maternas, así como realizar diálogos a partir de preguntas prediseñadas por el investigador para poder comprender la relación entre el sujeto, su familia, su hijo y su conyugue en los casos en que lo había.

En segundo lugar, se realizaron cuatro grupos focales. Estos se hicieron mediante guiones para entrevista semiestructurada, y permitió asimilar aspectos sobre la crianza, los vinculos materno-filiales, las relaciones con los hijos, la función y roles de la maternidad, así como sus concepciones al respecto.

En tercer lugar, se propuso que las jóvenes llevaran un diario. Estos eran voluntarios y tenían preguntas orientadoras. Solo dos de ellas quisieron llevarlo, y permitieron asimilar la transformación del vinculo con la madre y el padre así como la relación con el conyugue.

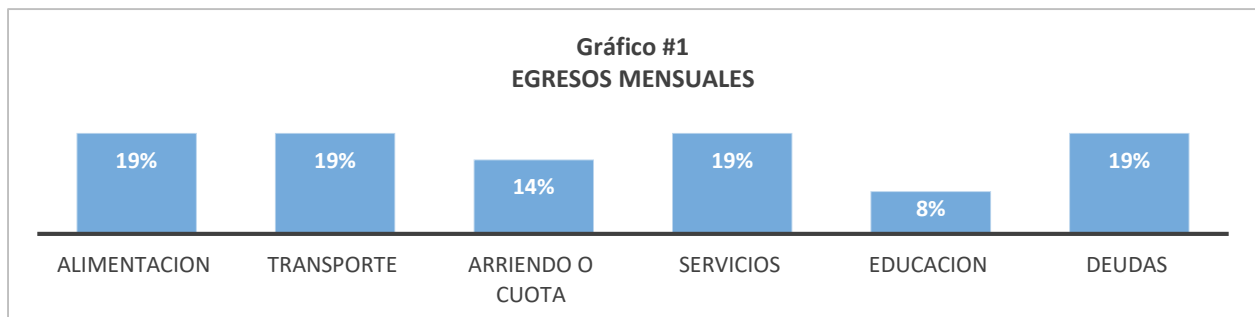
De esta manera, este documento se organiza en dos grandes partes. La primera nos situa teoricamente y está organiza así: primero, expone una caracterización socioeconómica del sujeto. Segundo, observa cuáles son los puntos de partida del concepto de experiencia social en Dubet. Tercero, entabla un diálogo entre la acción social de Weber y la maternidad. La teoria no se observa unicamente en este primer apartado, pues en la segunda gran parte se específican las tres lógicas de acción que constituyen la experiencia social en Dubet, pero a medida que se analiza la evidencia se discute la teoria. Esta segunda parte se organiza así: primero se observará la lógica de la integración, luego la lógica de la estrategia, y finalmente la lógica de la subjetivación. Es de notar

que el concepto de *experiencia social* es producto de una larga historia de la sociología. Por ello, para Dubet este está alimentado por otros. Por esto, la exposición de cada lógica se hará por separado, y en cada una intervendrán las nociones que a su vez participaron en la producción del concepto, al tiempo que, cuando es oportuno, se discute con otros autores u otras disciplinas para fortalecer nuestras ideas. Por último se harán algunas consideraciones finales.

Primera Parte: Puntos de Referencia

Población y Adecuación Conceptual de la Experiencia Social

Siete mujeres participaron en esta investigación. Por su solicitud los nombres han sido cambiados. Al momento de realizar la recolección de información, tenían entre 19 y 30 años; algunas de ellas solteras y tres en unión libre. Una proviene de Boyacá, seis de Bogotá. Tres viven en Ciudad Bolívar, tres en Tunjuelito, y una en Usme. Cinco dieron a luz entre los 16 y 18 años, y dos entre los 19 y 21. Todas conocían métodos de planificación previa a quedar embarazadas. Cinco iniciaron su vida sexual entre los 13 y los 15 años, y dos entre los 16 y 18. Cinco tienen un solo hijo, una tiene 2, y otra tiene 3. En cinco de ellas, los hijos tienen entre 0 y 5 años, y en dos entre 6 y 10. Tres de ellas viven en casa, tres en apartamento, y una en pieza. Solo una habita en vivienda propia, las demás, cinco en arriendo y una en vivienda familiar. Los materiales de estas, en cuatro de ellas, son de ladrillo, dos de bloque y una prefabricada. Además, el ingreso mensual de cinco de ellas proviene de un salario, y dos lo obtienen de ayuda familiar. Una de ellas obtiene entre 200.000 y 400.000 pesos colombianos, dos entre 800.000 y 1.000.000, y cuatro entre 500.000 y 700.000. El ingreso total de cada una, de forma aproximada en todos los casos, es usado como se muestra en el Gráfico #1.



Fuente: elaboración propia

Cuatro de ellas viven con sus padres y hermanos en familias extensas, y tres con esposo o pareja permanente, en familia nuclear conformada por dos generaciones, padres e hijos. En cinco de los

hogares ellas representan el proveedor económico principal, en uno los padres y en otro el conyugue. Todas reconocen haber consumido sustancias psicoactivas antes del embarazo; cuatro de ellas dicen consumir aún, y tres no lo hacen. De las que consumen, tres lo hacen con marihuana y una con cocaína. Una de ellas consume cuatro veces al día, dos lo hacen dos veces y una sola una vez.

En este contexto, se observa que cuando una mujer joven de clase popular, que fue madre adolescente, encuentra en la maternidad el soporte para sobreponerse al mandato social que dicta cómo ser una buena madre, y participa en procesos de escolaridad que le permitan jugar en contrasentido de lo previsible (entendido como la relación causal precariedad-embarazo-agudización de la precariedad), la sociología clásica no explica sus acciones ni su experiencia, porque el modelo ideal de interpretación, centrado en la acción, indicaría que ésta deriva de la socialización, es decir, que la acción tiene unidad y puede reducirse a un programa único, y por tanto se percibe como la “interiorización de lo social que permite al individuo producir o “inventar” las conductas adaptadas al funcionamiento de ese sistema” (Dubet , 2010, p. 37), pero lo que se observa es que el modelo es inadecuado porque las conductas y acciones no replican llanamente la socialización.

Françoise Dubet observa que el modelo es inadecuado en la medida en que hay una “crisis de la representación de la vida social que se llama en sociología clásica ‘la sociedad’” (p. 50). Si bien es una crisis principalmente en la disciplina, tiene correlato en situaciones en las que las instituciones ya no tramitan el vínculo individuo-sociedad. Los actores ya no pueden verse como producciones exclusivas de la socialización. Frente a esta complejidad, Dubet propone el concepto de “experiencia social”, para entender las manifestaciones donde pareciera que los “actores están obligados a administrar simultáneamente varias lógicas de acción, que remiten a diversas lógicas del sistema social” (p. 85). Veamos a continuación sus puntos de partida.

El concepto de Experiencia Social de François Dubet

1. Parte de que el actor no está totalmente socializado. En la relación socialización-interiorización-acción no hay transparencia y quedan zonas oscuras, ya que incluso “la dominación más absoluta no basta para reducir la experiencia de los actores a roles impuestos, constituyéndose, una subjetividad propia” (p. 90). Se entiende que la acción no puede reducirse a un programa único, que no hay adecuación absoluta entre la subjetividad del actor y la objetividad del sistema.

2. Parte de que “el objeto de una sociología de la experiencia social es la subjetividad de los actores” (Dubet, 2010, p. 89). La subjetividad se entiende como “una actividad social generada por la pérdida de adhesión al orden del mundo” (2010, p 79). Para la sociología de la experiencia la subjetividad es indicador de dos cosas de que “no hay más conducta social que la que interpretan los propios actores” (2010, p. 91), y de que, ya que el individuo no está totalmente socializado, la subjetividad aparece asociada al sentimiento de libertad, sentida bajo la forma de “ansiedad, de incapacidad de elegir, de inquietud en relación a las consecuencias de sus elecciones”, (2010, p. 88) lo que explica que sea una actividad generada por la pérdida de adhesión (o desencuentro con el sistema). La subjetividad, percibida como libertad, se traduce en desafío para el actor pues le deja ver su desnudez y soledad. Esta libertad es clave para la sociología de la experiencia social porque permite asimilar que los individuos tengan la necesidad de administrar distintas lógicas de acción.
3. Parte de que la experiencia está socialmente construida. Esta “apela a un código cognitivo que designa las cosas y los sentimientos, que identifica los objetos rebuscando dentro del *stock* cultural disponible” (2010, p. 80). Así, se desprende, por un lado, que, cuando la subjetividad sirve para interpretar la experiencia propia, el sociólogo de la sociología de la experiencia social no busca la comprensión de la acción directamente sino a través de lo que los actores dicen de ella, y este “decir” es un producto del uso del código cognitivo compartido, y, por otro lado, que aun cuando se reclame como personal o individual la experiencia, esta no puede escapar de las categorías sociales (pp. 93-94).
4. Parte de que la experiencia social es crítica. La palabra clave es “reflexividad”. Cuanto más se encuentren los actores en situaciones no enteramente codificadas y previsibles, tanto más intensa se vuelve, en la medida en que se distancian de su propia experiencia y la juzgan “apelando a normas más o menos latentes”. Las normas confieren la dimensión crítica a la experiencia, “pues el individuo sólo puede evaluar su experiencia en relación a otros y a los deberes normativos aparecidos en una situación”. Por último, considerar la reflexividad implica moverse del entendimiento que asocia una acción con un rol, hacia el entendimiento de las “conductas estructuradas por lógicas diversas” (pp. 95-96).

Así, la experiencia social “es una actividad que estructura el carácter fluido de “la vida”, una “manera de construir el mundo” (p. 86). No hace falta explorar situaciones “tensas” o problemáticas para que aparezca la necesidad de usar la herramienta de la experiencia social. No obstante, esta

herramienta es útil para pensar situaciones donde el actor haya perdido la adhesión al sistema, porque su resultado es esta libertad como motor de la administración de distintas lógicas. La maternidad es una situación de estas. En el caso de las mujeres que participaron en este estudio, invita a administrar distintas lógicas de acción, en razón de varias situaciones de desencuentro con la sociedad. En este sentido, la maternidad, en primer lugar, plantea tensiones con los valores ya interiorizados por la familia; en segundo lugar, plantea la posibilidad de agravar las situaciones de precariedad, y por tanto, en tercer lugar, vuelve más reflexiva a la persona y la lleva a que se planteen acciones estratégicas para mejorar su condición; en cuarto lugar, es una situación en la que el Estado se “desentiende” de la adolescente embarazada³ cuando esta pare y cría en su juventud; y en quinto lugar, plantea una tensión con las expectativas que se tienen de la madre, de forma que redefine valores y asumen roles que tensionan la socialización familiar. Todo esto se sintetiza en que la maternidad deseada o no, se presenta a la mujer joven como un desafío, y este, acompañado de reflexividad, desencadena una conducta estructurada por varias lógicas:

“La sociología de la experiencia busca definir la experiencia como una combinación de lógicas de acción, lógicas que vinculan al actor a cada una de las dimensiones de un sistema. El actor es llevado a articular lógicas de la acción diferentes, y es la dinámica producida por esta actividad la que constituye la subjetividad del actor y su reflexividad” (p. 96)

Las lógicas son: integración, estrategia y subjetivación. Las describiremos por separado en compañía del análisis, pero antes delimitaremos la relación maternidad-acción social desde Weber (Dubet abreva de Touraine), para hacer comprensible la maternidad en tanto marco de disposiciones y arreglos que opera sobre la acción y los significados. Si bien “como ya no hay racionalidad total ni unidad de lo social, la acción de la sociología clásica se transforma en experiencia” (Dubet, 2010, p. 98), no es menos cierto que la forma como Weber lo plantea da luz para entender que esta transformación no es otra cosa que la mixtura y porosidad de múltiples acciones que anclan distintos sistemas en la acción del individuo, así como un ejercicio analítico de segmentación y enfoque, lo que hace igualmente necesario comprender la acción social. Si bien Dubet corrobora esta transformación en sus estudios, es cierto que esta es analítica y sucede como resultado del movimiento que hace Dubet de Weber hacia Touraine (1965), pues el segundo, aunque influido por Weber, no reconoce ya la acción tradicional, racional orientada a valores o a

³ La cual enfocaba como un problema de salud pública tramitando la adhesión del actor con la sociedad mediante el ejercicio de la intervención en la forma de programas de prevención

finés y afectiva, sino que reconoce el trabajo, la sociabilidad y la existencia humana como tipos de acción (Lutz, 2010) (de donde devienen para Dubet las tres lógicas).

Acción Social y Maternidad

La maternidad, proponemos, es una condición que funciona como marco de arreglos o disposiciones que ajusta las orientaciones y motivos de la acción social, y delimita los significados de esta, y a la vez que es condición de posibilidad, es punto de fuga al que se dirige la experiencia social de la misma.

Para Weber (2002), acción social es “una acción en donde el sentido mentado por su sujeto o sujetos está referido a la conducta de otros, orientándose por ésta en su desarrollo” (p. 5). La maternidad condiciona dicho sentido. La orientación no viene ni de la reacción ni imitación, y sólo es social aquella en donde hay una orientación con sentido respecto de la propia acción por la ajena, de donde se desprende que no toda acción es social ni compone acción social todo tipo de contacto, pero dado que la maternidad es un referente de significado, las acciones mediadas por ella cumplen esta condición. Entre las dos partes no debe haber influjo sino orientación con sentido, y esta orientación ni es siempre consciente ni plenamente consciente (pp. 18-20). La interseccionalidad en la que se ubica la joven madre delimita esta relación, por lo cual sus acciones y orientación están dotadas de sentido en clave de dicha intersección y presentes en la interpretación y subjetividad de esta al momento de dar sentido a sus acciones y a su experiencia en el discurso.

Las acciones delimitadas por lógicas y cuyo entramado constituye la experiencia, se inscriben dentro de la maternidad como marco significativo, pues de allí emana la posibilidad y condición de la *orientación*, así como la definición de la *relación de sentido* con respecto de la *acción ajena*, y también el sentido de la *acción propia*. Así, se entienden que: i) la maternidad no avasalla la totalidad de la acción de las jóvenes. ii) Se entiende entonces la necesidad de usar el testimonio como fuente de datos. iii). La maternidad es punto de partida (condición productora de la libertad y reflexividad) y de llegada (el proceso de administración de lógicas heterogéneas produce la experiencia social de la maternidad) de la experiencia social.

Para Weber, los tipos ideales de acción son: con arreglo a fines; con arreglo a valores; emotiva; tradicional. Dice: “muy raras veces la acción, especialmente la social, está exclusivamente orientada por uno u otro de estos tipos” (p. 20), sino que son tipos conceptuales respecto de los cuales la acción se aproxima. Aunque lo reconoce influido por Weber, Dubet acoge la clasificación de Touraine. Según Lutz, en este la “acción son ámbitos en los cuales los individuos se manifiestan

con respecto a su entorno, a los objetos sobre los cuales pueden influir” (2010, p. 213), mientras que en Weber “la estructura de la acción, los tipos básicos de acción se combinan de manera diferenciada para integrar un nivel del jerarquizado sistema piramidal” (p. 211). Esa combinación diferenciada es lo que nos permite asimilar el lugar de la maternidad descrito en este apartado y, si bien es el punto de partida significativo de la acción, el punto medular no es la acción sino la experiencia social de la maternidad. La maternidad ancla en el mundo de la vida a la mujer y la tradición, fuente del cuasi-sentido para la acción social con arreglos en la tradición, se vuelve un escenario de roles, estatus y valores que crea una malla tensa que se reacomoda y sobre la cual la joven teje su identidad como madre, fabrica sus expectativas, delimita orientaciones y sentidos, elabora emocionalidades y adquiere su condición social como madre.

Estos roles, estatus y valores en tensión, fueron interiorizados por las mujeres madres jóvenes a través de la socialización. Provenientes de familias nucleares de extracción popular, aprendieron que hombre y mujer eran las principales distinciones productoras de roles que desempeñarían en distintos escenarios. Estos determinarán las acciones de cada integrante, a menos que una situación ancle al sujeto en la reflexividad, de modo tal que nos permita comprender que su acción está rota y que queda la experiencia. Según esta división y como pudimos observar en la evidencia, los trabajos de la mujer-madre son encargarse de la casa (limpieza, cocina), velar por el desarrollo escolar de los hijos (comparecer en la escuela como acudiente, acompañar tareas), rendir cuentas a los hombres (marido e hijos supervisan, promueven, censuran), administrar los recursos que producía el varón, o velar porque este no les diera un mal uso, encargarse de las tareas del cuidado de todos los integrantes, introducir a las hijas en el cuidado propio y de los demás, brindar educación sexual a las hijas. En relación con el hombre, la mujer aprendió que la existencia implicaba el ejercicio de un rol dominante por él que se ejercía a través de la supervisión, regulación y censura de la vida, pues delimitaban desde las formas correctas de relacionarse con el cuerpo (si bien la madre tiene a cargo la educación sexual de las hijas, y es su referencia, lo que la relación madre-hija produce pasa por lo que los hombres consideran correcto), hasta el desenvolvimiento de las prácticas cotidianas como saludar (y a quién saludar). A su vez, los oficios que desempeñaban las hijas las deja percibir como una extensión de ellas, y la socialización interiorizó mandatos según los cuales la mujer debía dedicarse de manera ascética al hogar, haciendo que el estatus de una buena esposa diera sentido a la expectativa social que orientaba las prácticas y conductas en relación con un probable novio y posible futuro marido.

Ahora bien, la maternidad tensiona la relación de la madre joven con la institución socializadora, pues el hecho de que la maternidad la obligue a ser libre, plantea la distancia de la mujer con la tradición, de forma que lo que fuera reacción o imitación se convierte en el parámetro respecto del cual se toma distancia o se adhiere en la construcción de su identidad materna. Toda su posición interseccional tensiona y revuelve los mandatos y los roles, y de esto, justamente, trata el siguiente apartado, en que serán presentadas las lógicas de la acción acudiendo a los conceptos que las sostienen, de acuerdo con los cuales se irá analizando la evidencia obtenida.

Segunda Parte: Lógicas de Acción y Experiencia Social de la Maternidad

Lógica de la Integración: diálogos con la socialización

Yo me había escapado de la casa y un día me dice, “no has vuelta a pedir dinero para toallas”, y yo... “ay sí”. Fuimos al hospital y me hice una prueba de sangre, y al día siguiente ya me enteré”.

(Silvia, Bogotá, 2019)

¿Ustedes de verdad creen que el IDIPRON nos va a priorizar como madres y nos va a dejar entrar más tarde porque les digamos que no tuvimos con quien dejar los niños?

(Erika, Bogotá, 2019)

Una lógica es la articulación entre orientación y relación, en el entendido de que: “la acción se define por la naturaleza de las relaciones sociales”, “una acción es una orientación subjetiva y una relación”, “la orientación no se desarrolla más que dentro del tipo de relación que le corresponde y, de manera complementaria, (...) un tipo de relación llama a un tipo de orientación” (2010, p. 99). Esta lógica ocurre cuando orientación y relaciones sociales se llevan a cabo con arreglos en la identidad integradora del individuo que es “la faz subjetiva de la integración del sistema” (p. 102), condensadas en las instituciones socializadoras, por ello, este acápite de la segunda parte se estructura en torno a la familia y a IDIPRON, como las instituciones que cumplen esta función.

La Familia. Las acciones y elecciones de las mujeres no expresan una determinación absoluta de la institución sobre los individuos. En razón de su condición de adolescente (en el tiempo del embarazo), de madre joven y de mujer, construyeron acciones y elecciones guiadas por el marco significativo que permitía la interseccionalidad de su condición. Esto se expresa en el hecho de que el desacato a la supervisión o autoridad masculina implicara castigo o decepción:

Pues me daba duro porque no sabía cómo decirle a mi papa porque lo quería mucho y me dio duro porque ni siquiera se enteró por mí, yo nunca fui capaz de decirle que estaba embarazada y fueron mis hermanos los que le contaron (Silvia, Bogotá, 2019)

Mi papá si no estuvo de acuerdo con mi embarazo y cuando lo vio por primera vez dijo: “Por lo menos está completo”. Es que yo no fui capaz nunca de decirle a mi papá que estaba embarazada. Mi papá me dejó de hablar y todo cuando se enteró. A él le dio muy duro. (Tatiana, Bogotá, 2019)

Debe “improvisar” ante la situación en razón de la condición descrita. La maternidad es una condición que tensa especialmente la relación del actor con la familia, que compromete el significado mismo de la institución, sus valores, roles, mandatos. La relación entre las jóvenes madres y sus familias no es homogénea, pues en algunos casos la maternidad implicó una ruptura con el padre, en otro caso las distanció de la madre, o, por el contrario, construyó un vínculo de soporte.

Aunque la fractura con la familia no signifique la fractura con la socialización, la maternidad expone las relaciones sociales trazadas entre los miembros de la familia, exhibiendo la forma de legitimidad que los conectaba, como el vínculo entre madre y padre (que la joven madre querrá o no reproducir), entre padre e hija (que marcará en mayoría de los casos una emoción generalmente de culpa), entre madre e hija (que la maternidad hará modificar a costa de transformar los roles: de madre a abuela, de hija a madre, y los cuidados que se brindan o la distancia que toman), y al hacer evidente estas relaciones, la reflexividad aparece conduciendo las acciones de la joven delimitadas por la socialización, mutando los arreglos de la acción en relación con la tradición hacia arreglos de la acción puestos en fines, pues ahora continuar con su pareja es una acción sopesada en clave de las relaciones sociales observadas entre padre y madre, así como la educación familiar que se elige dar al hijo está orientada por la observación de la educación que se recibió, y la idea misma de la comunidad familiar, y su adhesión o distancia hará sopesar los medios, fines y consecuencias. En algunos casos, las madres jóvenes rompen el vínculo con la familia, y reniegan abiertamente de las relaciones que había entre los miembros, o de la educación o grados de ausencia que recibieron de uno u otro miembro, o de la calidad de su compañía, como en el caso de la madre joven que dice estar aferrada a su hermana porque le ofreció cuidados en su embarazo. Pero también recordemos que “a costa de un trabajo singular de negociaciones, los actores consiguen mantener su identidad en el contexto de un entorno cambiante” (Dubet , 2010, p. 107). Mantener la identidad implica mantener una diferencia clara entre “ellos” y “nosotros”, tomando como referencia a la

familia, pero con la novedad que la maternidad produjo que la joven pueda distanciarse de la familia construyendo un nuevo núcleo sin dejar de llevar en ella la socialización, pero en clave de la relación con la familia se hará un esfuerzo en construir la crianza como una acción con arreglo a fines cuyo horizonte sea diferenciar la crianza recibida de la ofrecida.

Para ejemplificar la mutación que tiene la familia y el efecto de esto en la identidad de la joven, veamos el vínculo madre-hija, a través de la “relación materno-filial caracterizada por diversas tensiones que, combinando enojos y obediencias, emerge como soporte” (Vázquez, 2016). Vázquez usa el concepto *soporte*, “referido a los sostenes externos materiales o inmateriales que les permiten a los sujetos atravesar y significar biográficamente diversas situaciones difíciles o desafíos estructurales” (Martuccelli, 2007, como se cita en Vázquez, 2016). Dicho vínculo permite ver que la figura de la madre se mueve en un escenario de indeterminación, entre el apoyo y el reproche, pero que en últimas es un vínculo redefinido en el marco de la maternidad. Este es el caso de jóvenes, por ejemplo, con cuyas madres este vínculo cambió desde el momento de la gestación, y fue ella quien las llevó a parir, acompañó a controles médicos, cuidó los niños. De manera que la maternidad transforma ahora lo que es brindar ayuda y cuidados no como una acción meramente reactiva, sino que se precisa como una acción social con arreglo a valores, en tanto la hija-madre representa un sujeto que necesita cuidados, pero también despierta enojo y choques.

La construcción de un rol femenino protegido y supervisado por los hombres de la familia, delimita los futuros roles de pareja y facilita la pervivencia de un protector y supervisor, ahora expresado en la figura del marido, tal y como lo deja ver el epígrafe.

Este aspecto recalca que el individuo viene de una institución socializadora donde su capacidad decisoria en razón de su edad y su sexo es limitada, lo que, si tenemos que en cuenta que para 2010 la tendencia en las adolescentes que estuvieron por lo menos una vez en embarazo, fue la de sostener relaciones sexuales en un 15% con un par etario, y en un 85% con un mayor de 20 años (Estadísticas Vitales, 2013) y que las tendencias de fecundidad tienden a cambiar muy levemente, es comprensible entonces que ellas hayan entregado su capacidad de decidir al nuevo proveedor, lo que implica, evidentemente, la reproducción de la desigualdad. Con el agravante de que, ahora embarazada, proveniente de un hogar pobre, dependiente económicamente del nuevo jefe, con la educación truncada, fueron despojadas de su capacidad decisoria, llegando a no poder decidir sobre su cuerpo, pues si bien María y Silvia son las autoras de las siguientes citas, todas referían conocer

este tipo de situaciones donde se les niega por uno u otro motivo el derecho reproductivo a no tener más hijos:

No, no, el doctor no me dejó, no me quiso operar, que porque el niño todavía era muy pequeño, que era casi de la misma edad que la niña, entonces no quiso. Después de que salí, antes de cumplir la dieta, volví hacer los papeles para la cirugía y tampoco me quisieron operar. (María, Bogotá, 2019).

Es por lo joven que no lo operan a uno, a mí tampoco me quisieron operar. Yo tengo una hermana y ella fue mamá hace poco, hoy él bebe está cumpliendo 3 meses, ella durante su embarazo consumía drogas y pues ella no fue juiciosa, ella sabía que estaba en embarazo y salía a bailar y consumía perico, mariguana y tomaba y ella sabía. Yo la odiaba. Ella es mayor que yo y yo le dije que se mandara a operar porque con esa vida tan loca y ella hizo las vueltas y tampoco la quisieron operar. Ella ya tiene 23 años y que no la operaban. (Silvia, Bogotá, 2019).

La socialización también deviene en reapropiación del pasado y en una resignificación del futuro. Esto demuestra una concepción crítica hacia la forma en que fueron criadas, y se observa en los vínculos que entablan con sus hijos y que reconocen que deben ser distintos a los que hubo entre ellas y sus madres o padres: “Yo no quiero repetir la historia de mi mamá, lo que hizo con nosotros sus hijos. Yo por mi hija me preocupo por si tiene un techo, por si come”. (Erika, Bogotá, 2019)

Si bien el embarazo prematuro está naturalizado en los contextos familiares (en tanto las jóvenes madres reportan que en sus familias generalmente las mujeres quedan embarazadas jóvenes, y en tanto sucede durante la adolescencia), se ha construido a partir de esta institución un esquema de respuesta repetitivo, que permite situar a la joven en el centro de la diana que constituye la situación en la que, 1) el padre, que funge como juez, decepcionado, se aleja; 2) los hermanos, extensiones supervisoras del padre a quien rinden cuentas, reprochan y censuran; 3) las hermanas, en la mayoría de los casos también embarazadas, representan una posición respecto de la cual se toma distancia o cercanía para establecer la identidad materna propia, 4) la madre, punto de referencia del rol, representa el actor de mayor tensión para la construcción de la experiencia, desde la lógica de la integración, hacia la cual las jóvenes dirigen una mirada crítica que se subjetiva en la forma como se ven a sí mismas, y se objetiva en la forma como deciden relacionarse con sus hijos.

La madre de las jóvenes es clave para comprender cómo la experiencia se construye en medio de tensiones y contradicciones que están dadas por la definición que elaboran de qué es una madre a partir de la marcha de la propia experiencia y de una toma de distancia respecto del rol de madre

que desempeñaron sus progenitoras, engendrando una nueva maternidad. En el caso de Erika, ella refiere que su hija sabe que consume, da cuenta del estigma que esto genera, y mantiene diálogos con sus hijos contradiciendo la concepción del rol de madre tradicional. Esto cobra sentido porque las prácticas y cotidianidad de las jóvenes en tanto vistas como principales sujetos proveedores de cuidados, son flanco de supervisión, control y censura. Precisamente en esta particularidad se revela el elemento tensionante con la socialización familiar, y si bien para ellas no constituye una justificación deliberada, sí permite observar un punto de quiebre.

El matiz que cobra el rol de cada integrante de la familia cuando la hija queda embarazada, crea una situación opresiva. Los hombres producen miedo, ansiedad y se comportan como un censor; las mujeres se dividen entre afectos y desobediencias, ayudas y reproches, de forma que la experiencia social de la maternidad construye una relación ambivalente con la madre de la joven, pues si por un lado la identidad de la maternidad se construye a partir de la negación de lo que su madre representa y con base en lo cual orientará la crianza de su hijo, por otro lado la identidad con el núcleo familiar es constantemente fortalecida por el soporte que representa su madre. En ambos casos, el rol y el oficio materno de la crianza pierde el velo quedando ante la mirada reflexiva crítica de la joven, quien a partir de allí elaborará las acciones, orientaciones, relaciones y el sentido en relación a los hijos, de forma que la crianza herede una serie de prácticas seleccionadas, a manera de prácticas de crianza recompuestas.

Las jóvenes huían de casa al enfrentar este esquema de respuesta, o iniciaban convivencia con su pareja. Percibieron precario el afecto en el momento de gestación. Esto, admiten, las llevó a creer que un hijo y un marido significaban cambio y no agudización. Sin embargo, si bien la opinión que tienen del primer cónyuge se ha radicalizado de manera negativa, la forma como perciben a sus hijos les permite aclarar la concepción del pasado propio como un pasado de incertidumbre y confusión, y resignificar el futuro como una promesa:

El nacimiento de mi hijo fue hasta ahora la mejor experiencia que he tenido y me alegra mucho porque llegó en el momento exacto, en un momento de mucha dificultad y sentí que Dios lo había mandado para salvar mi futuro y fue un momento de mucha alegría. Yo estaba literalmente súper mal en ese momento, estaba consumiendo y pues tal vez si no hubiera nacido mi hijo estaría en la calle en estos momentos (llanto de la estudiante) (Karol, Bogotá, 2019).

Esta promesa exige de su presente prácticas que aseguren bienestar para sus hijos, compuesto principalmente de lo que a fuerza de conocer por carencia creen que debe tener, y en clave de esto se explica su participación en la institución socializadora IDIRPRON.

Idipron. Dado que IDIPRON es una institución resocializadora, tiene el propósito directo de intervenir en las vidas de las jóvenes, pero este objetivo no se traduce en la entrega y adquisición de disposiciones, sino que se evidencia un juego de propuesta-apropiación entre IDIPRON y ellas. No pueden negociar las reglas ni objetivos institucionales, pero los apropian activamente. Ya que la participación es voluntaria, y debido a que en ella depositan anhelos de cualificar sus capacidades para afrontar la maternidad, principalmente de forma económica, entonces reajustan la organización del tiempo para asistir, hasta auto-imponerse la participación: “Es que uno llega acá y le da mucha pereza, uno dice, “no, qué pereza clase”. A mí me toca echarme unos *plones* y entrar a clase” (Lorena, Bogotá, 2019).

Debido al carácter resocializador y a la relación entre la institución y ellas, la maternidad se experimenta como un escenario que produce reflexividad, resultado de la interiorización de un rol de madre joven que es más consciente de sí de lo que era antes de ingresar a la institución. Esto es así, ya que la socialización allí hace evidente para las mujeres la necesidad de cualificar su fuerza de trabajo. Los principios de organización del tiempo, disciplina en el aprendizaje de un oficio técnico, de persistencia, aunado a la política de puertas abiertas de la institución, y la posibilidad de hacer una carrera técnica⁴, se traducen en la composición de un rol materno que toma decisiones desde una mayor claridad sobre la finalidad social de los estudios y de su utilidad.

La condición de madre joven afianza las esperanzas de insertarse laboralmente en el mercado y de continuar estudiando, lo que se traduce en la construcción de un proyecto de vida que pasa por la armonización de las prácticas con el proyecto, generando tensiones evidentes entre los hábitos ya construidos y su recomposición o trabajando sobre sí mismas para acoplarse:

La verdad yo con tres hijos el sueldo no me alcanza. Pero entonces yo no me retiro de acá porque tengo la oportunidad o de subir o de seguir con mi taller (Erika, Bogotá, 2019).

Mi debilidad en el estudio es el tiempo, no se puede estudiar bien lo que uno quiere, pero la fortaleza es que el IDIPRON nos brinda esa oportunidad (María, Bogotá, 2019).

La socialización aquí refuerza el movimiento de la maternidad como una obligación sin escape hacia la maternidad como proyecto, a partir del cual se da sentido e importancia al estudio, lo que se traduce en recomponer el futuro reactivando la capacidad de soñar.

⁴ Dentro de la institución existen opciones de formación técnica que pueden elegir. Entre ellas se encuentran talleres de panadería, belleza, secretariado, estampado, costura y manejo de máquina plana.

Lógica de la Estrategia: mantenerse en juego

Pensar la juventud como condición, y no como esencia, sustancia o cualidad sustancial, implica (...) una suerte de teoría antropológica que piensa al ser humano inserto en tramas de significación, y, sobre todo, *imbuido y determinado* por una red extensa y múltiple de relaciones de poder. Relaciones evidentes algunas, oscuras otras, *que escapan al cálculo racional del sujeto* y a su control, y *que casi siempre desconocen y disimulan, para hacer soportable la existencia* (relaciones de poder inmersas en la construcción genérica, en la situación de clase, en la posición etaria, en la condición étnica, entre muchas.

(Castellanos, 2011. Cursivas nuestras)

La anterior cita sintetiza una de las formas generalizadas del pensamiento social en Colombia observando al sujeto joven. Esta visión, demarcada principalmente desde Bourdieu (2000, 2003) y Geertz (1998), fortifica la idea según la cual la sociedad determina al individuo, y este no tiene más que un pequeñísimo margen de acción sólo frente a las relaciones de poder que para él son evidentes: por lo demás, está *imbuido y determinado* en relaciones de poder, las más de las veces huidizas de *su cálculo racional*, las cuales, la juventud llega incluso a disimular para *hacer soportable la existencia*.

La sociología de la experiencia defiende que entre sociedad e individuo se teje el desencuentro. Esto quiere decir que, lejos de la imagen romantizada que muestra a la joven madre como un ser humano que disimularía las relaciones de poder para hacer soportable su existencia, las jóvenes *instrumentalizan su acción*, disponen para ello de algunos *recursos* a su alcance y cuentan con un *propósito* específico que deviene de su condición de mujer-joven-madre, los cuales son los elementos constituyentes de la lógica de la estrategia, de sus estrategias. Justamente en torno a ella se comprende esta lógica y la exposición y análisis que haremos en este acápite del segundo apartado para dicha lógica. Esta, deviene de un orden más racional que la anterior (González, 2018), pues Dubet entiende la acción principalmente como estrategia:

“El actor se orienta por sus intereses, la percepción que tiene de ellos y las reglas que los organizan. Es una estrategia situada en un espacio de juego que no escoge pero que puede modificar mientras juega. De ello se deriva una racionalidad limitada con arreglo a los objetivos que se persigan y las oportunidades que se ofrecen al individuo. La racionalidad del estratega está limitada porque los actores no conocen todas las condiciones del juego y no pueden anticipar todas las consecuencias de sus decisiones a nivel del sistema. No obstante, cada cual dispone de un poder que depende de su capacidad de negociación” (2010, pp. 77-78).

Así, encontramos afinidad con Castellanos cuando define juventud como condición. Ofrece un marco de interpretación que se acerca a la interseccionalidad (Viveros, 2016), no a través del prisma que explica la acción individual por la determinación estructural, sino a través del que explica la acción individual como producto de la instrumentalización racional del individuo enmarcada en la condición que deviene de ser mujer, joven, pobre y madre.

Según Viveros, la interseccionalidad da cuenta de desigualdades múltiples e interdependientes (2016, p. 5). En este concepto se articulan género, clase y raza. La veremos como la relación entre género, clase y edad. Nos referimos al concepto porque permite pensar las distintas condiciones como consubstanciales (sólo pueden ser divididas para efectos analíticos) y coextensivas (se producen mutuamente) (Kergoat, 2009, como se citó en Viveros, 2016). En lo que sigue entenderemos las acciones estratégicas de las madres jóvenes ajustadas al objetivo que persiguen y a las oportunidades que encuentran, y como producto de la instrumentalización que surge específicamente de las coordenadas sociales que habitan en razón de las condiciones que las producen, y para ello observaremos los fines que persiguen, algunas de sus prácticas con las que esperan protegerse o proteger a sus hijos, así como la instrumentalización que realizan de las instituciones y los programas institucionales, que se sintetizan en la expresión “mantenerse en juego”, ya que son observadas como acciones estratégicas de las jóvenes en tanto instrumentalizan su acción, disponen de recursos y persiguen objetivos.

Los Fines. Para Hartog (2014) y Bauman (2007), una característica sociológica que es compartida por las sociedades contemporáneas capitalismo es el *presentismo*, definido como una manera de experimentar que el vínculo con el pasado y con el futuro no determinan las acciones presentes del individuo, pues el pasado no habría dejado ejemplos ni experiencias suficientes, y el futuro no promete un cambio social, de manera que el horizonte de expectativa, así como el espacio de experiencia, según los cuales los individuos despliegan sus acciones, estarían abocados únicamente a vivir el momento.

De manera opuesta las jóvenes han encontrado en sus hijos el horizonte de expectativa y el espacio de experiencia suficiente para no habitar el presente ensimismado, para mirar el futuro como una promesa. La maternidad aparece como un parteaguas dividiendo el tiempo. El pasado, está dotado de sentido asociado a la desorientación (vivir de fiesta en fiesta) y a la precariedad (habitar la pobreza, habitar la calle, consumir drogas). El futuro está asociado a la promesa de un cambio que se materialice en el bienestar de sus hijos: acceso a educación, solvencia económica, felicidad. Esto

hace que el presente sea el espacio para jalonar ese futuro y distanciar el pasado, de manera que el objetivo principal es garantizarlo. A este se deben las acciones y uso de recursos que realizan.

Prácticas Protectoras

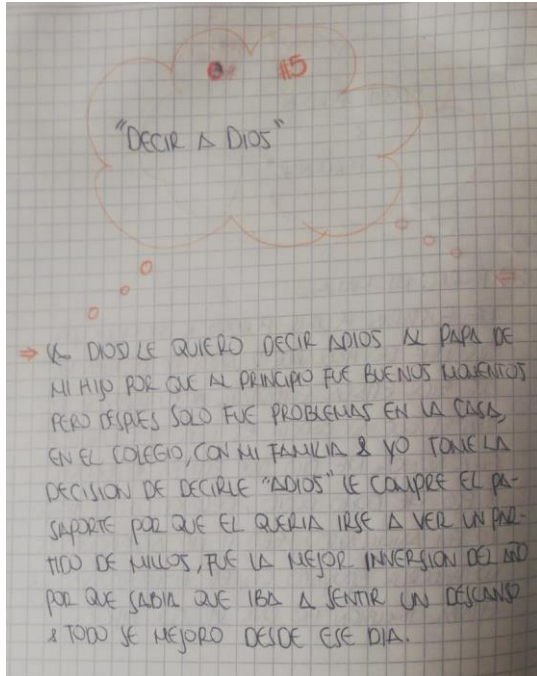


Figura 1. Diario de María (2019), ejercicio #5: Decir adiós.

Mantener la pareja o no, funciona como una práctica que tiene sentido en clave de lo que ofrece al hijo y a la madre. La mayor diferencia que encuentran en relación con su pasado, consiste en el grado de racionalidad que perciben que poseían antes y después de la maternidad, y es esta racionalidad, delimitada por la condición interseccional, que determina sus acciones y el uso de recursos. Como vemos, la decisión de María de pagar los costos de un pasaporte, que oscila entre \$100.000 y \$150.000, implica un sacrificio. Pero cobra sentido de práctica protectora, pues el sentido de esa acción se encuentra en sintonía con el objetivo descrito, pues conllevó la separación definitiva con la pareja, pero es descrita como “la mejor inversión del año”, lo que indica cálculo y evaluación del resultado pues “sabía que iba a sentir un descanso, y todo mejoró desde ese día”. María refiere que a partir de esa decisión se libraron del constreñimiento, lo que se tradujo en la ganancia objetiva de poder revertir una situación negativa, y en la ganancia subjetiva de fortalecer su voluntad con el relato.

No todas las mujeres se separaron. Veamos:

Investigador: ¿Quieres tener más hijos?

Erika: La verdad, sí (risas de las compañeras). Es que el papá de mis dos últimos hijos, —no se burlen, esperen les explico, yo tengo mi defensa— es muy juicioso, él es muy echado pa' lante, ya nos va a salir lo de la casa. No estamos viviendo juntos, pero ya llevamos seis años de relación. Tuvimos un año de separación y ese año nos sirvió mucho para madurar como pareja, entonces nuestros planes siempre fueron tener un hijo a una edad más madura, a los 34 o 40 años. Por eso seguimos con los planes. Yo me cuido, porque yo estoy planificando, pero sí quiero tener más.

María: Pero es que un hijo trae muchas bendiciones.

Alejandra: El pan debajo del brazo (risas de las compañeras).

Con excepción de Erika, no desean tener más hijos. Esta decisión viene del efecto de la maternidad en el cuerpo; el nuevo rol de hija-madre frente a sus padres; percibirse como un sujeto no autosuficiente que debe acudir a instituciones como IDIPRON; vivir en unión libre en condiciones que no permitían continuar estudiando y que perpetuaban la situación de vulnerabilidad y opresión. La racionalidad les indica que otro embarazo significaría la agudización de estas condiciones. Por eso la ironía, las risas. Las madres jóvenes en esta institución observaban, cada una en las otras, un reflejo con el cual se identificaban o del cual se distanciaban, y esto se traducía en abierta burla, o rechazo a una acción, pero no se traducía en competencia y tampoco en alianza. Cohabitan y deducen aprendizajes unas de otras.

La Estrategia Individual Es Instrumentalizar La Estrategia Institucional. Comprender que la institución tiene una estrategia y que esta consiste en la distribución de competencias (González, 2018, p. 130), lleva a observar que la institucionalidad puede ser instrumentalizada. Este proceso es cíclico. Las mujeres pueden ir y renunciar a su proceso dada la política de *puertas abiertas* de la institución; se genera el entendido de que con la institución pueden lograr sus metas, y a su vez sus metas se ven delimitadas o ampliadas por los programas de la institución, lo que se demuestra en el hecho de que los horizontes profesionales a los que todas aspiran consisten en crear un emprendimiento que permita poner en práctica los conocimientos técnicos aprendidos.

Lógica de la Subjetivación: Pugnas por la Maternidad

El sujeto se muestra diferente de la sociedad, que domina u obstaculiza sus propósitos. Percibe que hay un sentido autónomo en sus acciones. No se considera el resultado de sus estrategias o de la socialización, y observa que puede ser su propio punto de referencia, el autor de su vida (Dubet, 2013, p. 210). Esta es la lógica más convulsa, la menos evidente, pero es la que más conecta con

el nivel del individuo, con su interioridad. A continuación, se realizará la exposición siguiendo las nociones que para Dubet (2010) son constitutivas de la subjetivación, y que están orientadas a hacer ver la forma cómo se vincula el individuo con los modelos culturales y la forma que toma la acción y la experiencia luego de esta interacción que, en este caso, siempre es tensa y asume la forma de la negociación.

El Compromiso. El sujeto-madre es producido por modelos culturales. La identidad del actor se define a través del vínculo con estos, y toma forma de compromiso o desafección (2010, pp. 115-116). De manera que el nudo, o nodo, que articula las tres lógicas, es identidad:

“Este compromiso con una representación cultural del sujeto se vive como algo inacabado, como una “pasión imposible” y deseada que le permite percibirse como el autor de la propia vida, aunque eso sea a través del sufrimiento generado por la imposibilidad de realizar plenamente ese proyecto” (p. 116).

Este vínculo permite la consolidación de un tipo de identidad, delimitada por la actividad crítica del sujeto, que finalmente es la que condiciona la relación con los modelos culturales. La maternidad es una identidad, que le permite verse a sí misma como la autora de su vida. A causa de la existencia de esta actividad, dicho vínculo se percibe inacabado, pues si fuera definitivo la acción social en relación con los modelos culturales como fuente de orientación o sentido no ocurriría, y toda acción sería reacción o imitación de la tradición, porque si el vínculo fuera definitivo la actividad crítica habría cesado. Por esto, lo que la subjetivación le agrega a la trama de la experiencia de la maternidad es conflicto, porque hay tensión con los modelos culturales, un paulatino reajuste, continuo rechazo o aceptación, que podría ejemplificarse en los avatares que sufre la relación entre las jóvenes y sus madres.

Delimitada la identidad por el vínculo con el sujeto-madre, o los modelos culturales que lo sostienen, se produce la percepción de que es la autora de su vida. Esto encierra una ironía que exhibe las contradicciones de la maternidad: la metáfora de la creación puede explicarse como una metáfora de la creación literaria. En ella, autor, narrador y protagonista son distintos. El autor crea, el narrador organiza el tiempo y la acción, el protagonista vive la historia. En la metáfora existe la percepción de libertad y autonomía de conducir la propia vida, pero se observa que la vida no gira en torno de sí, pues la autora no es la narradora en tanto que no organiza la forma como vive los acontecimientos porque la maternidad le impone una experiencia particular del tiempo, y tampoco organiza las acciones de su historia, sino que organiza una serie de reacciones de forma estratégica para lograr sus objetivos; pero tampoco es la protagonista, porque el centro de la historia no trata

de ella, sino del hijo, de donde viene que la figura de la autoría, lejos de hablar únicamente de libertad, muestra cómo la vida de estas mujeres no se afianza sobre sí mismas, y ahí un principal elemento enajenador de este tipo de maternidad.

Según Romero, Tapia y Meza (2020), existen distintos tipos de maternidad⁵. El que aquí observamos se denomina “madres adolescentes y jóvenes”: el proyecto o el protagonista de la vida que construyen es el hijo (su educación, su bienestar emocional y físico, condiciones materiales, transmisión de valores). Distinto de las madres feministas, o de las madres que no quieren serlo, en donde la consciencia de sí, los propósitos de vida y la relación con la criatura, no comparten estas características que analizaremos en clave de la figura de la reificación (Lukács, 1968, p. 170). La Madre, en tanto sujeto representado culturalmente, se relaciona con imágenes ascéticas del cuidado, el esmero, la buena madre (Romero, et al, 2020); y la identidad de la joven, que vive como el elemento que le permite sentirse la autora de su vida, se experimenta como compromiso o desafección con la representación cultural, dando lugar a la crítica de roles y valores interiorizados en la socialización y orientando y significando las acciones construidas con arreglos a fines, en tanto este proceso dota de sentido la acción.

Esta dificultad para realizar la representación del sujeto viene de la tensión que produce la relación consumo psicoactivo-maternidad, frente a roles y mandatos transmitidos. Para ver cómo se instituye la dificultad para reconciliarse con la representación (lo que, en últimas, tampoco es absoluto, pues más adelante veremos que el ejercicio termina en una negociación), Dubet dice que el rol no constituye la identidad y que el actor se convierte en individuo en la distancia con él y no en su adhesión. La individuación y la formación de la identidad materna, pasa por el reconocimiento de prácticas que no corresponden con el rol tradicionalmente atribuido a una madre que se tensionan en relación con las expectativas sociales que sienten sobre ellas, y que giran en torno a las expectativas de lo que es “cuidar”, y a la dedicación a los oficios domésticos, experimentados con referencia a los mandatos sociales de la buena madre pues, “la identidad subjetiva se hace ver y se experimenta de manera indirecta como falta o dificultad de realizar la representación cultural del sujeto” (p. 116). Nos referimos al consumo de drogas y a la relación

⁵ “Madres adolescentes y jóvenes, madres lesbianas, madres filicidas, mujeres que no quieren ser madres, madres arrepentidas y, por último, madres feministas” (Romero, et al, 2020, pág. 145). De esta tipología, observamos situaciones cercanas con las madres que no quieren serlo, y con las madres arrepentidas. Alguna de ellas, por ejemplo, no querían parir un segundo hijo, pero esto no cambia que ya fueran madres, por lo menos en sentido biológico. En cuanto a las madres arrepentidas, alguna de ellas, se arrepiente de no haber sentido amor materno, por ejemplo, pero no es este el horizonte de esta categoría.

con sus madres, principales escenarios de tensión. Esta práctica de consumo es disruptiva en relación con el oficio y el rol de madre, así como con su estatus:

Silvia: Igual uno hace lo posible. Digamos, yo también consumía. Cuando yo me enteré que estaba embarazada, yo dejé de consumir. Hasta que mi hijo ya tenía dos años yo volví a consumir mariguana. Hoy día yo consumo mariguana recreativa.

Erika: Yo también consumo.

Silvia: Pero normal, lejos de él.

Erika: Es que eso me da piedra, que la gente a uno lo juzgue solo porque consumimos mariguana. Yo consumo, y me da rabia que digan “es que el mariguanero es el ladrón, es que el mariguanero es el que no sabe criar a sus hijos, el mariguanero es el que cría al ladrón”, cuando yo he sido madre, porque sí, yo me he buscado toda la mierda que me he comido, pero mis hijos han sido, esa cosa, que digo “listo, no voy dejar de ser quien soy porque mi esencia siempre ha sido ser muy libre”, por eso es que yo no he podido convivir con nadie, porque yo tengo unas alas muy grandes. Entonces eso no le da derecho a la sociedad de que me juzgue, porque yo soy madre y estudio, trabajo. Yo le quiero dar un buen ejemplo a mi hija, pero estoy segura que voy a salir a delante, y le pido mucho a mi dios que me ayude a ascender y apenas pueda ascender quiero pagarme un técnico, un politécnico. Yo le hablo mucho a mi hija de mujer a mujer, porque ella es una niña grande, y yo le hablo mucho. Pero entonces eso me da rabia, que por ser mariguanero entonces uno no tiene la oportunidad de ser ni persona, ni padre ni madre. Yo le hablo a mi hija porque ella sabe que yo consumo, entonces yo le digo “mami, no por eso dejo de ser su mamá, yo la amo, yo nunca le echo encara nada, pero yo no quiero repetir la historia de mi mamá, lo que hizo con nosotros sus hijos. Yo por mi hija me preocupo por si tiene un techo, por si come”. (Silvia y Erika, Bogotá, 2019)

Esta situación expresa el vínculo de compromiso o desafección con la representación cultural del sujeto-madre, y exhibe que, si bien de un lado desenvolverían la maternidad con prefijadas conductas de cuidado, prácticas, ritmos, privaciones, por otro lado, sienten que no encajan con la visión misma de esta madre recta y pura, tensionando la definición tradicional de “madre”. Perciben que viven la maternidad como una puesta a prueba constante, en que el reconocimiento del prójimo, o la tensión, deviene del grado de apropiación y repetición de los criterios aprehendidos mediante la socialización familiar acerca de roles y funciones de la mujer-madre. Esta prueba no solo tiene como objetivo el oficio de ser madre, ni el estatus que encarna, sino la personalidad, pues recordemos que la maternidad no es disociable de las demás esferas de la vida de la mujer:

“La parte subjetiva de la identidad es percibida tanto en la desafección como en el compromiso, pues la identificación con la definición cultural del sujeto prohíbe la adhesión cultural, la adhesión total al Yo, al Nosotros y a los intereses. Provoca una distancia sobre sí mismo que impide al individuo ser totalmente su rol o su posición, ser su personaje social” (p. 116).

La joven vive sus prácticas, decisiones y oficios, como una prueba de lo buena o mala madre que es. Y frente a esto es indispensable entender, más allá de las explicaciones médicas y psicológicas, que el sistema está tan roto, y aparece tan agrietado ante los actores, que incluso una práctica que puede llevar a la destrucción de sí, como el consumo de drogas, es significada como un pivote para afirmar la distancia con el sujeto-madre, incluso con la propia en algunos casos, y con la sociedad. Y, como dice Mead, las otras madres, sus pares, que también consumen, “ofrecen modelos más prácticos que los de los mayores, (...) cuyo pasado les resulta inaccesible y cuyo futuro ellos difícilmente pueden imaginar como el suyo propio”, (2015, p. 72), pues la distancia, el debilitamiento del compromiso con la representación, si bien viene por vía del desencuentro entre el actor y el sistema, halla consuelo y se afianza en la legitimación de los pares, abasteciendo la actitud crítica. Así:

“Mientras que el actor de la integración es un individuo moral, que identifica el bien con el interés colectivo y con la utilidad de cada cual, el sujeto es un actor ético, porque no acepta esta identificación, porque sabe que el culpable es una víctima, que el chivo expiatorio es inocente, que la razón instrumental no es la Razón... Como escribe Touraine: “El sujeto es siempre un mal sujeto” (p. 116).

Los Obstáculos. La joven se identifica con la maternidad de su época, y ese sujeto-madre tiene características social e históricamente construidas: “categorías del sujeto”. Desde allí:

“Las relaciones sociales se perciben en términos de obstáculos para el reconocimiento y para la expresión de esta subjetivación. Aquí el conflicto social no se reduce a la defensa de las identidades o a la competencia entre “poderes”; tiene el reto de controlar lo que Touraine llama “la historicidad”, la capacidad de los actores (...) de identificarse con la creatividad social”.

En esas categorías se desarrolla la lucha social. La joven se vuelve el actor que reclama al sujeto, y en sus categorías encuentra la arena de batalla con familia y sociedad. Estas características tienen que ver con el sujeto materno producido por la sociedad patriarcal: una mujer que encuentra en la maternidad un proyecto de vida, que habita gustosa la escena doméstica, que sería el lugar que “le corresponde”, que tiene instinto materno orientado al cuidado y la defensa de la criatura, que siente

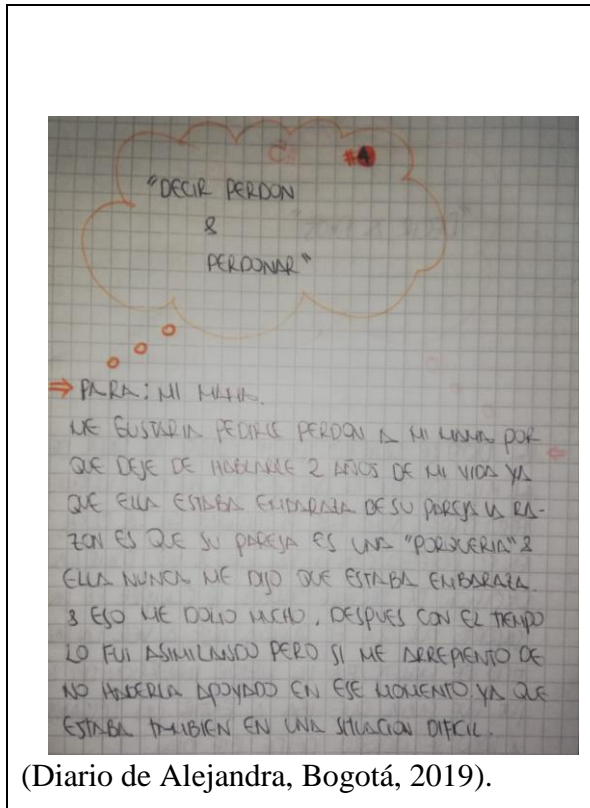
amor maternal (aun cuando fue obligada a gestar), que depende económicamente del varón; que se siente irrealizada con un solo hijo (Romero, et all, 2020):

Yo sé cómo planificar, pero es que uno no quiere, y los hombres son más machistas que las mujeres porque ellos piensan que las que nos tenemos que cuidar somos las mujeres. Entonces eso es una guerra porque ellos “que con condón no”, pero yo no quise cuidarme, yo con mi último embarazo pasé una depresión terrible, yo no la quería tener, yo odiaba al bebé, a la menor, yo tuve que pasar por el psicólogo, por el psiquiatra porque no la quería y tampoco aceptaba el embarazo, fue horrible, yo me acuerdo y me desespero, yo la trataba mal, era muy duro. Con ella fueron horas de parto terrible, ella me hizo sufrir lo que yo la hice sufrir en el embarazo, de verdad. Dios me castigó. Cuando nació yo no sentí el apego que sentí con mis otros hijos, “¿ya nació?, ah bueno”. No sentí ningún apego. Después, cuando me la llevaron para que le diera pecho, yo le di pecho, y eso fue enamorarme de mi negro: mi marido es bien moreno, entonces mi hija también nació bien morena, yo le decía mi negra, mi consentida. Dios me perdone por haber hecho eso con mi hija. Ella hoy día es mi adoración, es todo en mi vida. Pero la etapa sí fue terrible. (Erika, Bogotá, 2019)

En esas categorías del sujeto el actor se conflictúa con estas dos fuerzas. Reclaman el sujeto, la forma histórica que les ha correspondido, o reivindican su propia manera de experimentar y vivir. Se separan de esa representación aún más, pueden incluso llegar a odiarla, y dicen para sí “ser madre no es eso que dicen ustedes, ser madre es ser esto que vivo”. Las siguientes características del sujeto-madre que ellas reivindican son producto de los testimonios, donde no solo encontramos adhesión, sino diálogo, producto de la reflexividad y la crítica del individuo, pero también producto de la fuerza de la socialización patriarcal: Madre sacrificada por sus hijos que antepone su vida por ellos: defensora y cuidadora; no reducida a la esfera doméstica; consumidora de drogas; “escandalizable” por la ausencia de amor materno; sin amor maternal, pero con instinto; que trasiegan por lo público en busca de medios para cuidar de la criatura y de sí; educadas emocionalmente en el amor sacrificial: el amor se presenta como una sujeción a la opresión y al riesgo de profundizar la precariedad, y aún, como deseable; que no quieren ser madres; que quieren ser madres solteras; trabajadoras; empresaria; que no aborta y lo entienden como defender la vida. El individuo no se reduce a la acción ejemplarizante de la socialización familiar, ni a las expectativas sociales. Ejerce una actitud crítica, tensiona su compromiso. Por eso la maternidad

implica una contradicción constante⁶. Se entabla un diálogo que produce una maternidad inédita, compuesta de aspectos copiados, otros nuevos y otros resignificados.

La anterior disputa del actor por el sujeto tensiona la pertenencia a la familia, y allí importa especialmente la madre del actor: la mayoría tiene un vínculo de soporte con ella. Otras sienten culpa producida por rechazar la imagen que representan (el sujeto-madre), pero aman el individuo que son, y sienten dolor al observar la grieta en el vínculo:



(Diario de Alejandra, Bogotá, 2019).

Para terminar de comprender los obstáculos, recordemos el último fragmento del testimonio de Erika indicado en este documento, que permite observar 1) el despojo de la autonomía, 2) la tensión con lo que dicta la tradición sobre el amor materno, 3) que la experiencia social de la maternidad es una experiencia dramática en el sentido en que todas sus acciones, decisiones, orientaciones y significados están conflictuadas.

⁶ Esta contradicción no la entendemos en el sentido negativo del término que indica, por ejemplo, “las contradicciones del obrero que le impiden liberarse del yugo burgués”, sino en un sentido fundamentalmente existencialista y kafkiano, que sitúa a la mujer en una continua encrucijada, en un continuo diálogo con la tradición y con la sociedad que a veces parece llevar a alguna parte y otras veces no. En este sentido, por ejemplo, se entiende la relación de las jóvenes con sus propias madres, que a veces toma la forma de la tensión y el rechazo, y otras veces, en el mismo caso, la del soporte y el apoyo.

La Cultura Como Definición Histórica Del Sujeto. Para Dubet (2010), “la cultura no es solamente el conjunto de valores y normas que sueldan una sociedad, ni es tampoco un *stock* de recursos simbólicos para la acción; es también una definición del sujeto que permite la crítica social” (p. 118). Se observa que la legitimidad de la representación cultural del sujeto se sustenta ahora en la sociedad y la historia. Los valores universales permiten una crítica social constante, que lleva al sujeto a desprenderse de sí y a “inventar” estos principios, a vaciarlos de significado y reactualizarlos en su experiencia (p. 118).

Señala Dubet: “de hecho, más que el contenido mismo de los valores movilizados por la crítica, lo que importa es la perspectiva elegida por los autores, que interpretan esos valores desde el punto de vista de la definición del sujeto que esos valores permiten” (p. 118). Así, importa la perspectiva elegida por ellas, que interpretan esos valores desde el punto de vista de la definición del sujeto que esos valores permiten. La interseccionalidad marca las perspectivas desde la que ellas “eligen” interpretarlos, pues lo hacen en tanto pobres, jóvenes, mujeres y simultáneamente, situadas en el presente. No solo del sujeto históricamente definido por la cultura y la sociedad extraen ellas la crítica a este, sino que en clave de su interseccionalidad habitan muchos rostros del sujeto, y esto es lo que particulariza y hace inédita la creación del sujeto-madre en ellas.

Alienación y Dominación. El sujeto está asociado al sentido y a la autonomía. Si la alienación se concibe como la privación de la capacidad de ser sujeto, esta implica una ruptura con ellos. Las relaciones sociales se manifiestan como mecanismos objetivos a los que el individuo está sometido como lo está a las leyes naturales. Esto es la reificación, que ocurre cuando:

“una relación entre personas recibe el carácter de una coseidad y, de este modo, una “objetividad fantasmal” que con su propia legalidad rígida, aparentemente totalmente conclusa y racional, esconde la huella de su esencia fundamental, el ser una relación entre seres humanos (Lukács, 1968, p.170, como se cita en Rabiela, 2016).

La reificación denomina la relación social madre-hijo. Esta relación la aliena, en tanto que “vacía de sentido la experiencia social a través de las racionalidades instrumentales independientes” (p. 120). Implica una ruptura con el sentido y la autonomía. Se vive producida por mandatos: la buena madre, la madre amorosa, la madre con instinto maternal, la madre que cría, la madre proveedora, la madre abnegada, la madre-ejemplo. Todos estos mandatos se soportan en esta reificación, producto de la socialización familiar.

En esa confluencia la maternidad no es solamente alienante: es productora de reflexividad y libertad. Es fuente de crítica de valores y roles interiorizados, por lo cual produce distancia respecto

de su naturalización. Sin embargo, también hace visible lo opuesto a la reificación de la relación madre-hijo (donde ella es la madre). Se trata de la existencia de la humanización de la relación madre-hija o padre-hija (donde ella es la hija). Humanización en el sentido que descubre que esta relación es social e históricamente construida. Le hace entender que debe perdonar a su mamá para restablecer el vínculo, que el afecto del abuelo al nieto está mediado por la decepción que cambió el vínculo entre ella y su padre, y le obnubila el arreglo a fines de las acciones que hace orientada por su hijo: este evacúa de sentido las acciones sociales, convirtiéndolas en acciones meras, que se hacen no ya por arreglo a valores (la entrega, el sacrificio, que mi hijo tenga lo mejor), y ni siquiera con arreglo a la tradición, sino por reacción incuestionada porque *así cuida una madre a un hijo*, de manera que la maternidad construye la experiencia social determinando el tejido que toma la acción en cada momento, siendo una condición que tensiona con las demás de forma contingente, pero en diálogo con la tradición, con los otros, y con ella misma, con el futuro.

La maternidad encanta y desencanta. Es punto de partida y de llegada; marco de significados y alienante. Fuente de crítica y de negociación. La maternidad humanizante y reificadora. La maternidad organiza y produce la experiencia social de la maternidad. En últimas: las exhibe en toda su humanidad contradictoria, dolorosa, marginal, expectante, maravillada, alegre, frustrada, decidida.

Reflexiones finales

En esta investigación analizamos los testimonios de siete mujeres que fueron madres jóvenes, partiendo de una lectura orientada por los aportes teóricos de Dubet en torno al concepto de “experiencia social”, situando a la maternidad en relación con la “interseccionalidad” y otros conceptos. Se trató de observar la forma en que se construye la experiencia social de la maternidad, que conforma un marco de significados global que da sentido a la acción, la vuelve social, y hace necesaria la administración de distintas lógicas de la acción.

Afirmamos que la maternidad en las jóvenes vulnerabilizadas son acontecimientos clave en sus biografías, en la medida en que aparece como fuente de desestabilización y problematización de la vida misma. Se trata de situaciones que dan cuenta de forma estructural de las condiciones de vida en la que se despliega la existencia y se da sentido a la acción, a la socialización, se sopesan los fines de las acciones y se monta y desmonta continuamente la identidad como madre.

Se hizo visible que la maternidad confronta a las mujeres consigo en tanto construcciones sociales y hace perceptible la artificialidad de la vida, cuestionando los aprendizajes, los roles,

enfrentándolas directamente con la pobreza y la amenaza de su agudización, de forma que encuentran estrategias para “mantenerse en el juego”, dentro de las cuales se observa la adscripción a programas e instituciones que permitan atisbar mejores condiciones de vida.

De la misma manera, se observa este carácter desestabilizante y problematizador de la maternidad en la subjetividad de las mujeres, visto en la desafección/compromiso que mantienen con el sujeto-madre construido mediante modelos culturales, donde se afianza la definición de la identidad materna conflictuada con roles y funciones atribuidos tradicionalmente a las madres, así como con las expectativas sociales frente a las cuales ellas encuentran formas, también devenidas de sus contextos de empobrecimiento y vulneración, como el consumo de drogas, a partir de las cuales construyen una maternidad inédita que no puede entenderse por fuera de la lógica de desigualdad social y de su reproducción, toda vez que el consumo está asociado en estos casos a situaciones de exclusión, empobrecimiento, segregación y vulneración.

La maternidad se conjuga con pobreza, fractura de los vínculos familiares, conyugalidades opresivas, consumo de drogas y transformación de los vínculos materno-filiales. Y eso activa la continua creación de estrategias, pues no puede olvidarse que en este caso fue relevante IDIPRON porque hace parte de la estrategia que ellas tenían, pero que irán modificándose con el transcurrir de la crianza; por otro lado, activa también la constante reelaboración de los vínculos con la familia, así como la continua crítica y reflexividad sobre la misma experiencia.

También se conjuga la maternidad con la esperanza, con la proyección de un mejor futuro, y a causa de ser fuente de desestabilización y problematización, es creadora de un escenario propicio, aunque difícil, para controvertir el imaginario según el cual una joven madre se encuentra condenada a agudizar las condiciones de pobreza, segregación y vulneración en que se ha encontrado, pues marca un parteaguas que aleja en el tiempo la autopercepción relacionada con el sin sentido mientras que luego de él perciben tener un propósito de vida.

La anterior visión alentadora de la situación es solo un rostro. No puede dejar de concluirse que la situación de las jóvenes en la capital del país se encuentra tan desprovista de atención estatal y social, y tan profundizada y grave en materia de salud, educación, trabajo y oportunidades, que las mujeres deben llegar a un punto de remezón que transforma sus cuerpos y sus subjetividades para granjearse por ellas mismas lo que la sociedad y el Estado no fueron capaces de ofrecerles en su calidad de ser seres humanos, de manera que la maternidad termina componiendo también una

esperanza para los excluidos, y esta es una situación dramática y alarmante que padecen los jóvenes en nuestra sociedad.

La maternidad tampoco garantiza la superación de estas condiciones, pues es solo una posibilidad que depende de las estrategias que la joven encuentre para mantenerse en juego. Pero no solo implica estrategias. Implica una distancia crítica y reflexiva con los roles instituidos, en donde se advierte la regularidad de la fractura del vínculo con el padre y la oscilación entre el soporte y la fractura con la madre, así como la toma de distancia con el rol y las funciones de lo que se considera socialmente una buena madre, pero también la distancia de la forma de crianza que desplegaron sus madres. Implica un continuo diálogo con modelos culturales que construyen el sujeto-madre, y frente al cual toman distancia a partir de la tensión entre los mandatos sociales y sus prácticas.

Concluimos también que si bien la sociología clásica no explica con suficiencia la experiencia social, la maternidad joven constituye un fenómeno social tan denso en tanto que implica una mirada a las múltiples condiciones que ubican en el espacio social y producen a la mujer madre joven, que la sociología de la experiencia, aun cuando une varios conceptos en su perspectiva y enfoca el problema escuchando los testimonios, no permite una mirada totalizadora de la problemática, por lo que la maternidad joven constituye un escenario de estudio con mucho camino inexplorado, principalmente porque los estudios sobre maternidad se han desarrollado en adolescentes y porque luego de esta etapa, la política estatal abandona al sujeto, de forma que no solo hay un escenario de estudio, sino una situación que merece atención pronta y figuración explícita en políticas públicas.

Finalmente, se concluye que la maternidad es un marco global de significados que orientan la acción y la hacen social, así como lleva a que las mujeres administren distintas lógicas de acción, por lo cual aquí se ha considerado que es tanto punto de arranque como punto de llegada de la experiencia, lo cual no compone una tautología, sino expone el carácter totalizante que la maternidad desenvuelve sobre la vida de estas mujeres. En este sentido, encontramos que las lógicas de acción se superponen y trenzan produciendo la experiencia de la maternidad, a la vez que su aparición y administración no fue posible más que a partir de la irrupción de la maternidad.

Bibliografía

Bauman, S. (2007). *Vida de consumo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

- Bourdieu, P. (2000). *Cuestiones de sociología*. Madrid: Istmo.
- Bourdieu, P., Chamboredon, J. C., & Passeron, J. C. (2003). *El oficio del sociólogo*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Castellanos Obregon, J. (2011). La condición juvenil: opciones metodológicas para la construcción de un objeto de conocimiento. En G. Muñoz González, & G. Muñoz González (Ed.), *Jóvenes, culturas y podes* (págs. 161-188). Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Universidad de Manizalez, CINDE.
- del Castillo, S., Roth, A.-N., Wartski, C., Rojas, R., & Chacón, O. (2008). La implementación de la política pública de salud sexual y reproductiva (SSR) en el Eje Cafetero colombiano: el caso del embarazo adolescente. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 217-255.
- Dubet, F. (2010). *Sociología de la experiencia*. Barcelona: Editorial Complutense.
- Dubet, F. (2013). *El trabajo de las sociedades*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Escobar, M., Quintero Tobón, F., Arango, A., & Hoyos, D. (2013). *Estado del arte del conocimiento producido sobre jóvenes en Colombia 1985-2003*. Bogotá: Universidad Central, Departamento de investigaciones DIUC.
- Geertz, C. (1998). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- González, M. A. (2018). Herramientas conceptuales en torno a la experiencia escolar. Una aproximación desde nuevos enfoques sociológicos para pensar la educación en Argentina. *Revista Latinoamericana de Educación*, 126-143.
- Hartog, F. (2014). El nombre y los conceptos de historia. *Historia Crítica*, 75-87.
- IDIPRON. (2017). *Plataforma estratégica*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá.
- Lutz, B. (2010). La acción social en la teoría sociológica: Una aproximación. *Argumentos*, 199-218.
- Martes-Camargo, P. (2015). Análisis de la fecundidad adolescente en Colombia, 2010. *Papeles de población*, 141-176.

- Martuccelli, D. (2007). *Gramáticas del Individuo*. Buenos Aires: Losada.
- Mead, M. (2015). *Cultura y compromiso*. Barcelona: Gedisa.
- Niñez, O. d. (2013). *Estadísticas Vitales*. Bogotá: DANE.
- Ospina, D., Gómez, M., & Carrillo, M. (2013). ¡Cuídese, no meta la pata!: sexualidad juvenil en escolares de Medellín (Colombia). *Index de Enfermería*.
- Patiño, L. M. (2017). *Estado del arte de los conocimientos sobre juventud producidos en Medellín 2012 - 2016*. Medellín: Tesis de Maestría en Educación y Derechos humanos, Universidad Autónoma Metropolitana.
- Rabiela, A. (2016). El concepto de reificación en Lukács, una reconstrucción desde la Escuela de Frankfurt. *Argumentos*, 219-235.
- Romero, M., Tapia, E., & Meza, C. (2020). Abanico de maternidades. Un estado del arte desde los aportes feministas. *Debate Feminista*, 143-165.
- Serrano Amaya, J., Hoyos Gómez, D., Quintero Tobón, F., & Bejarano Rodríguez, L. (2013). *Juventud, estado del arte, Bogotá 1990-2000*. Bogotá: Ediciones Universidad Central.
- Touraine, A. (1965). *La sociología de la acción*. Barcelona: Ariel.
- Vázquez, M. (2016). Integración, estrategia y subjetivación: biografías escolares y experiencias de maternidad. En P. Di Leo, & A. Camarotti, *Individuación y reconocimiento. Experiencias de jóvenes en la realidad actual*. Buenos Aires: Teseo.
- Viveros Vigoya, M. (2016). La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. *Debate Feminista*, 1-17.
- Weber, M. (2002). *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. España: Fondo de Cultura Económica.